

Los límites de lo posible: modernidad y postmodernidad

Nico Stehr

(Traducción: J. Rubén Blanco)

Dado el interés general que existe en torno a la amplia cuestión de la transformación societal contemporánea como resultado de la penetración de la ciencia y la tecnología en todas las esferas de la vida social —y natural— (por ejemplo, Stehr, 1994; Schement y Curtis, 1995), me gustaría considerar brevemente la relevancia que para esta discusión tiene la dicotomía conceptual, esencialmente polémica y hoy ampliamente debatida, entre lo moderno y lo postmoderno, en especial entre la cultura moderna y la postmoderna¹. Alguien podría preferir relegar esta cuestión a un mero *excursus* puesto que los esfuerzos teóricos interesados en la noción de postmodernidad apuntan principalmente a la concepción y examen de las razones del surgimiento de los fenómenos postmodernos y sitúan éstas en la transformación de la esfera *cultural* de la sociedad². Este énfasis suele interpretarse como si implicase un desacoplamiento deliberado entre las teorías de la postmodernidad y el discurso de las ciencias sociales, preocupado más bien por la dinámica general del proceso de modernización. En contraste con esto, tanto la teoría de la sociedad industrial como la teoría de la sociedad postindustrial se hallan mucho más arraigadas en las tradiciones del discurso sociológico, político y económico en tanto que atribuyen a las actividades socioeconómicas si no la primacía, sí al menos una inmensa influencia sobre el mundo-de-la-vida de la sociedad moderna. La teoría de la sociedad moderna como sociedad del conocimiento o sociedad de la información acentúa el mismo teorema, si bien habla de una inversión en la importancia relativa de la superestructura y la infraestructura; no obstante, esto no niega la persistente relevancia del sistema económico ni tampoco lo exime de análisis.

Sentimientos de mortalidad

Aunque este ensayo bien pudiera no ser representativo del movimiento postmoderno en su sentido más amplio, caracterizado este de algún modo por su auto-ejemplificante y deslumbrante diversidad, quizá debiera comenzar con una

referencia a Jean-François Lyotard, cuyo principal interés en *The Postmodern Condition* —un libro muy influido por la sociología— es, de hecho, el estatus cambiante de la ciencia y la tecnología en la última parte del presente siglo. Lyotard sugiere, siguiendo una perspectiva neowittgensteiniana o de los «juegos del lenguaje», que «en la sociedad y la cultura contemporáneas... la gran narrativa ha perdido su credibilidad, sea cual sea el modo de unificación que emplee, ya se trate de una narrativa especulativa o de una narrativa de emancipación» ([1979] 1984: 37/83). Si uno no se siente demasiado perturbado por la naturaleza paradójica de esta afirmación aparentemente general, si no universal, sobre la difundida incredulidad que despiertan hoy las metanarrativas y la impotencia de cualquier perspectiva sistemática, y sobre esta base rechaza de principio la idea de la postmodernidad³, uno puede aceptarla fácilmente como plausible —a pesar de la aparente resurrección de algunas metanarrativas como resultado de la quiebra del socialismo de Estado— a tenor de la impresionante «evidencia» de que el mundo contemporáneo carece de estabilidad cognitiva⁴, adolece de centro intelectual y rechaza cada vez más las filosofías totalizadoras de la historia. El mundo de la ideas, de la ciencia y de la política se está descentrando⁵. En algunos ámbitos aún perviven ilusiones de objetividad o supuestos basados en la existencia de un cálculo, incluso de una *mathesis universalis* o una antropología newtoniana que convierta la multitud de partículas en conmensurables. Sin embargo, las expectativas de que el consenso resurgirá de las cenizas de sus enormes inconsistencias están menguando. Para Lyotard ([1979] 1984:xxiv-xxv), estas condiciones intelectuales son la razón y la metralla de la diseminación del desencanto. La incredulidad respecto del consenso y de las ideologías dominantes es una precondición para la agudización de nuestra sensibilidad hacia las diferencias y, quizá, incluso de nuestra tolerancia hacia lo inconmensurable. Así, la sociedad del futuro se compondría de partículas sociales heterogéneas que formarían instituciones fragmentadas —determinismo local y regional—. El saber postmoderno no es meramente el instrumento de la élite de poder y de las instituciones gobernantes. Y, finalmente, en un nivel más pragmático quizá, la disensión alimenta el motor de la invención futura.

También, es evidente que la afirmación general de una multiplicidad de «mundos», formas

de vida, *Weltanschauungen* y esferas culturales o de valores diferentes no es un descubrimiento novedoso⁶, ni está exclusivamente asociado con el capitalismo desorganizado o tardío (cf. Turner, 1989:212-215). Por ende, quizá la posible novedad de una perspectiva postmoderna deba constituirse no por la simple indagación dentro de una multiplicidad de comunidades sino, como señala agudamente Zygmunt Bauman (1991:246), por su «contingencia autoconsciente». Después de todo, la observación de visiones del mundo competitivas puede desecharse como coyuntural y entenderse como un fuerte incentivo para mayores esfuerzos políticos e intelectuales que traten de vencer la diversidad. Bauman (1991:272) sugiere que una vez que tales esfuerzos (modernos) aceptan su propia imposibilidad, hemos alcanzado la era de la postmodernidad. No obstante, otros observadores son más escépticos respecto a la realidad de una ruptura con las tradiciones de la Ilustración y prefieren hablar de las condiciones contemporáneas de la modernidad reflexiva⁷. Las disyunciones y transiciones intelectuales acontecidas en décadas recientes pueden verse, como hace por ejemplo Anthony Giddens (1990c:51), como una progresiva y radicalizadora auto-clarificación tanto de las bases como de los límites del pensamiento moderno y, por tanto, como una fase de la modernidad: el triunfo del pensamiento moderno coincidió con la dominación europea del mundo; su auto-clarificación se corresponde con la gradual disolución de la hegemonía occidental en virtud de la diseminación global de sus estructuras sociales. Igualmente, el postmodernismo filosófico que articula Lyotard puede interpretarse, quizá paradójicamente, no como una «ruptura con el proyecto modernizador sino, al menos potencialmente, como su aliado socio-político, como un agente vigoroso de su renovación y como la profundización del potencial democrático de la modernidad» (Keane, 1992:84).

Pero ¿cuáles son los procesos sociales y, en particular, los procesos socioeconómicos de la «sociedad post-industrial» que han producido la «cultura postmoderna» y alimentado la deslegitimación de la gran narrativa, por emplear la metáfora del propio Lyotard? ¿Qué es lo que amenaza la existencia de las prácticas intelectuales «modernas» (Bauman, 1987:5) guiadas por la creencia en la universalidad, la predicción y el control?⁸ Lyotard apela a las teorías de la sociedad post-industrial y el grado en que el

conocimiento ha llegado a ser la principal fuerza de producción. Sin embargo, estas referencias son meras alusiones y pronto se vuelven difusas, lo mismo que las posibles implicaciones socio-políticas de *La Condición Postmoderna* que pudieran sustentar el postmodernismo en la práctica.

Si uno prefiere limitarse a describir como post-moderno el proceso de «descentramiento» intelectual, entonces me permito dudar de que la base y los orígenes socio-económicos de la postmodernidad se hayan discernido claramente. En particular, ¿cuál es el papel del conocimiento científico y técnico en el declive de la modernidad? ¿Es el discurso científico simplemente el diagnosticador del estado de estos asuntos intelectuales?

Mis breves observaciones son un intento de preguntar no tanto por la naturaleza y la secuencia del declive de la autoridad del discurso sino de abordar las fuerzas sociales responsables de la erosión de las *Weltanschauungen* centrales y de los procesos de legitimación. La cuestión de si la etiqueta «(post)-moderno» es sociológicamente productiva, ciertamente, se puede dejar abierta. De otro lado, lo que sin duda merece especial atención es la aparente inversión de una ecuación sociológica clásica en buena parte de la discusión sobre las condiciones postmodernas contemporáneas: la precavida o audaz pretensión, según sea el caso, de que el surgimiento de una «cultura esencialmente contestada»⁹ es, en primer lugar, el resultado de la labor intelectual más bien que el de las fuerzas existenciales enraizadas en las transformaciones de las estructuras civilizatorias.

Que la condición de una «cultura esencialmente contestada» —al menos si uno sigue a Lyotard— es una diversidad casi auto-generada y en gran medida auto-propulsada resulta evidente si uno observa la virtual ausencia de descripciones sobre los orígenes sociales del «declive de la narrativa». Este declive, se nos dice, es el «efecto del auge de técnicas y tecnologías a partir de la Segunda Guerra Mundial que ha desviado el acento de los fines de la acción a sus medios» (Lyotard, [1979] 1984: 37/83). Por supuesto, esta es una descripción de la condición moderna que suena bastante familiar; por ejemplo, George Simmel ([1907] 1978:482), en su *Philosophie des Geldes*, indica que las condiciones sociales contemporáneas de su tiempo se caracterizan por «una prepon-

derancia de los medios sobre los fines» y por el efecto deorientador que ello produce. Las razones que Simmel aduce para esta inversión son similares a las de Lyotard, a saber, el ascenso de la «cultura objetiva» («sachliche Kultur») sobre la «cultura subjetiva». Y la descripción de Simmel ([1907] 1978:484) de los resultados de esta inversión para la naturaleza de la vida moderna suena como si la hubiera escrito Lyotard: «La falta de algo nítido en el núcleo del espíritu nos impulsa a buscar la satisfacción momentánea en estímulos, sensaciones y actividades externas siempre nuevas. Así es como nos enmarañamos en la inestabilidad y el desvalimiento que se manifiestan en el tumulto de la metrópolis, en la manía de viajar, en la salvaje determinación de la competencia y en la típicamente moderna infidelidad con respecto a gustos, estilos, opiniones y a las relaciones personales». El teorema de Lyotard también resuena, y me detendré en ello más tarde, en las visiones de Arnold Gehlen sobre las consecuencias sociales de la evolución de la tecnología moderna y la preocupación de Marcuse por la penetración de la racionalidad en la mayoría de las esferas habitadas por los individuos modernos. Para Lyotard, sin embargo, cualquier búsqueda de las «causas» del declive de la gran narrativa en la sociedad contemporánea está condenada a producir resultados decepcionantes, puesto que los esfuerzos para conectar precisamente cambios estructurales e intelectuales o culturales no pueden sino estrellarse contra la dificultad de detallar la naturaleza precisa de la conexión entre esas tendencias. Por tanto, Lyotard revierte a la tradición en gran medida auto-contenida de la historia de la ideas como forma de elucidar el proceso de deslegitimación de las grandes narrativas.

Como consecuencia de esto, una característica de la discusión sobre la condición postmoderna y de algunos de sus precursores intelectuales es su concepción estrecha, incluso cientifista, de lo que emana de la comunidad «científica» y de su discurso, a saber, la racionalidad cognitivo-instrumental. En la medida en que tales estructuras se perciben como si estuvieran vinculadas con la esfera autónoma de la verdad, las propuestas cognitivas que produce la ciencia se creen a-históricas, carentes de tiempo o lugar. Obviamente, Lyotard ([1979] 1984:7-9) no afirma la hegemonía de la ciencia, pues etiqueta por igual a otras formas de conocimiento

como conocimiento narrativo. Sin embargo, estas formas de conocimiento son distintas del conocimiento científico; no pueden prevalecer sobre la ciencia y no logran alcanzar el carácter de conocimiento científico. La discusión de Lyotard sobre el rol del conocimiento en la sociedad moderna, por tanto, está animada por la oposición, incluso la inconmensurabilidad, entre el conocimiento científico y el conocimiento narrativo. Por ejemplo, afirma que es «imposible juzgar la existencia o validez del conocimiento narrativo sobre la base del conocimiento científico y viceversa: los criterios relevantes son diferentes» (Lyotard [1979] 1984:26). En otras palabras, Lyotard insiste en asumir que existe una aguda diferencia de grado entre la racionalidad científica y el conocimiento cotidiano. Aunque la ciencia sea incapaz de auto-legitimarse, está en un campo de juego diferente y juega según reglas propias.

Por otra parte, también se ha asociado o se ha responsabilizado a las técnicas, las tecnologías y el conocimiento científico de desarrollos culturales totalmente opuestos, a saber, de una mayor concentración y unidad de las ideas. La noción de racionalización en Max Weber y el debate sobre la tecnocracia, con su tesis central de la dominación creciente del imperativo técnico, son sólo dos ejemplos destacados. Sin embargo, en ambos casos la fuerza persuasiva y penetrante de la razón y de la unidad sistemática se ha exagerado.

Lyotard añade de pasada un breve comentario especulativo adicional para explicar la deslegitimación de los grandes diseños intelectuales, a saber el «re-despliegue del capitalismo liberal avanzado tras su repliegue bajo la protección del keynesianismo durante los años 1930-1960» ([1979] 1984:38/83). Pero Lyotard no investiga en serio la plausibilidad de esta observación, sino que busca los indicios del origen del declive de la razón científica dentro de los límites de la historia intelectual del siglo veinte.

De modo más general, la discusión sobre la postmodernidad tiende a ser auto-ejemplificadora. No sólo los fenómenos que proclama describir, sino incluso la discusión de tales fenómenos carece de concreción. Seguramente uno puede deducir de esta situación que la modernidad tuvo un orden (cf. Featherstone, 1989:8). El postmodernismo, ¿es la lógica cultural del capitalismo, o del capitalismo tardío, o es la manifestación de una división entre la dinámica de la

sociedad y de la cultura en la sociedad moderna? Esta ambivalencia es constitutiva de muchas discusiones de la postmodernidad.

La modernidad, como parte de la metáfora conceptual central de este análisis, requiere también una reflexión crítica. La noción de modernidad también se emplea a menudo de manera plurifacética y a veces de un modo claramente despectivo. Si por «moderno» se entiende meramente lo que es nuevo o lo que está de moda, se justifica su uso diverso. El perpetuo enfrentamiento entre preservación y cambio se convierte entonces en una constante antropológica. Lo moderno no sería, pues, nada nuevo, ni tampoco la lucha por preservarlo. Además, ese «moderno» es ahistórico. Y, sin embargo, son precisamente sus esfuerzos por trascender la historia o incluso su decidida focalización en el presente lo que consideráramos más característico de la conciencia moderna. En este sentido, lo «moderno» identifica un período histórico al negarlo y, de ese modo, recapitula aspectos de la conciencia «tradicional» (primitiva) en tanto que, como la sociedad tradicional, no es reflexivo sobre sus propias tradiciones. La conciencia moderna ha roto su vinculación con sus circunstancias socio-históricas únicas, tal como Mannheim lo captó en su noción de intelectuales socialmente «descomprometidos». Esto refiere y celebra las virtudes de las ideas que han trascendido la multiplicidad de sus orígenes y, por lo tanto, han promovido una identidad nueva y distintiva —la imparcialidad intelectual—. Durante siglos, las comunidades científicas de Europa, Norteamérica y otros lugares se esforzaron por crear un estilo de pensamiento moderno crecientemente liberado de sus lazos con su tiempo y localización específicos. Los éxitos logrados en esta dirección se experimentaron como una emancipación, como una liberación de previas obligaciones sagradas y seculares. La conciencia moderna estuvo y todavía está, en conjunto, muy satisfecha y orgullosa de sí misma y representa un logro civilizatorio innegable, tanto en la ciencia como en otros aspectos. Sin embargo, cada vez es más evidente que dichos objetivos y resultados van unidos a múltiples consecuencias no anticipadas.

Entre las consecuencias no intencionadas de la búsqueda de una *mathesis universalis* y de la eliminación del disenso se encuentra su opuesto virtual, a saber, una situación de pluralidad radical (una situación que nos recuerda los rasgos

del contexto histórico en que surgió por primera vez la búsqueda de la imparcialidad y la unidad). Si la noción de «postmodernidad» tiene algún valor sociológico quizá se refiera a esa situación de pluralidad radical asociada, paradójicamente, con una convergencia de los órdenes de la vida dentro de y entre comunidades y estructuras sociales, y en particular de las estructuras económicas, en numerosas sociedades (Welsch, 1987:4). De hecho, el tiempo y el lugar cada vez resultan más irrelevantes en la esfera de la producción y en las creaciones culturales. La postmodernidad refleja un creciente sentimiento de desilusión con el proyecto de la modernidad en este sentido. Por tanto, la conciencia postmoderna se describe mejor como una conciencia desilusionada con la modernidad —una conciencia escéptica respecto de las posibilidades y ventajas de la imparcialidad—, pero que retiene todavía la peculiar focalización en el presente propia de la modernidad. Lo históricamente nuevo de esta conciencia no es su asociación con profundas divisiones socio-económicas, sino con nuevas formas de desigualdad social basadas más en condiciones intelectuales que en condiciones materiales.

La crítica de la post-modernidad

Como indiqué en la introducción a este excursus sobre la modernidad y la postmodernidad, los defensores de la postmodernidad han intentado enfatizar la deseabilidad de descomponer el discurso tradicional de las ciencias sociales con vistas a separar el análisis de la sociedad contemporánea del legado que centra su atención sobre los procesos de modernización y su impacto sobre la vida cultural. De modo más general, la tesis fuerte de la postmodernidad afirma la fuerza autónoma, en la existencia humana, de una cultura dividida. De manera consecuente con este énfasis, los argumentos de la mayoría de los críticos de la noción de la post-modernidad se entroncan con gran firmeza en una teoría comprensiva de la sociedad moderna que, por ejemplo, reafirma las ambiciones intelectuales de la modernidad e intenta desenmascarar el postmodernismo como una ideología y una fuente de anomia, o la contempla como una crisis de los valores de la clase media, o insisten

en que las fuerzas sociales constitutivas de la sociedad moderna, especialmente su explotadora organización económica (capitalista) y su poder burocrático no han sido apenas desmantelados ni seriamente reducidos.

A este respecto, y a todos los efectos, la naturaleza formal del argumento sobre el debatido cambio de una era histórica a otra se parece mucho al debate sobre la autenticidad del cambio de la sociedad industrial a la sociedad post-industrial que bosquejaré en el apartado siguiente. Por lo general, ambos lados del debate cuentan con serios avales. De resultas, uno no sólo se enfrenta con perspectivas esencialmente enfrentadas que no pueden ser resueltas teóricamente sino con que eso mismo tipifica las cuestiones a debate tanto en términos intelectuales como prácticos. En vez de seguir alimentando este debate esencialmente controvertido y ejemplificándolo aún más indagaré las condiciones sociales, (normalmente) sólo vagamente articuladas, que hacen posible la postmodernidad como un fenómeno social cognitivo. Por ejemplo, Lyotard ([1979] 1984:14/42) ofrece de manera directa y audaz ciertos indicios sobre algunas de las transformaciones sociales básicas que podrían tomarse como responsables del surgimiento de las condiciones intelectuales post-modernas; ello es que los antiguos polos de atracción, como él los denomina, «constituidos por los Estados-nación, los partidos, las profesiones, las instituciones y las tradiciones históricas» están perdiendo su capacidad de atracción. Esta observación puede malinterpretarse fácilmente en el sentido de que esos constructos sociales simplemente salen de la escena y que la postmodernidad es algo que rellena el vacío creado. Más probable parece que las «atracciones» en cuestión se transformen. Pero ¿por qué?

El marco societal de posibilidad de una modernidad desilusionada por cierto que no es meramente el resultado de desarrollos culturales que puedan o deban ser atribuidos a figuras heroicas de la historia intelectual reciente; sus poderosas raíces societales, en un sentido no reduccionista del término, deberían encontrarse en las características cambiantes de la estructura económica de la sociedad contemporánea. Para ser breve, sólo mencionaré dos de estas características: (1) el declive de la importancia de las fuerzas tradicionales de producción de la sociedad industrial, a saber, la propiedad y el trabajo en el significado clásico del término y el

surgimiento del conocimiento como una fuente del crecimiento económico, y (2) la creciente desaparición del Estado-nación como actor efectivo en la vida económica de la sociedad moderna. Mientras la discusión sobre la postmodernidad y la modernidad siga siendo en gran medida auto-ejemplificadora y se limite a diseccionar los factores intelectuales y la genealogía de su propia aparición, resultará en extremo dificultoso investigar las peculiares condiciones socio-estructurales que hacen posible y dan carácter a la vida cultural de la sociedad moderna. Cualquier ruptura o quiebra en el orden social moderno que permita el surgimiento de prácticas culturales pluralistas, fragmentadas, eclécticas y multiculturales requiere una referencia ulterior a criterios sociales más potentes, más duraderos y más consecuentes que puedan justificar la lectura de que existe una nueva época intelectual.

Berger (1988:232) también discute y duda de la existencia de una fisura estructural en la sociedad moderna porque la transición a la postmodernidad se produce en el nivel de la cultura o de la conciencia, y a la vista de que los compromisos valorativos hoy imprescindibles deben competir en un «mercado de oportunidades» contra otras posibilidades intelectuales disponibles. Para sostener seriamente un argumento sobre la existencia de una quiebra de la modernidad es preciso ser capaz de identificar una ruptura en el modelo básico de la *estructura social*, o dicho con más precisión, un desplazamiento de la lógica estructural del cambio social. Berger parece estimar que las relaciones sociales se alojan fatalmente en una cierta estructura de la que parece imposible escapar por el momento. Para él, la configuración básica de las modernas estructuras sociales, a diferencia de las tradicionales, es la sustitución de una estratificación de dominación «natural» por formas auto-suficientes de poder social basadas en las funciones claramente identificables de sistemas especializados, esto es, diferenciados, de acción social. Por tanto, no tiene sentido hablar de una ruptura estructural en la sociedad contemporánea dado que no existen indicios claros de que la estructura de las relaciones sociales modernas, ligadas a la lógica de la diferenciación de los subsistemas de acción social, esté en proceso de ser reemplazada. Cualesquiera procesos de desdiferenciación que puedan ocurrir son, de hecho, meras extensiones de la estructura social básica de la

modernidad en el sentido de ser caminos alternativos de modernización.

Daniel Bell (1976) percibe la postmodernidad como la manifestación más extrema y *a la moda* del rechazo del núcleo motivacional de la visión puritana y pragmática de la burguesía y como la culminación del colapso de una forma de capitalismo que había sido capaz de penetrar en la vida cultural y dominarla. El distanciamiento y la separación entre la estructura social y la cultural significa realmente el establecimiento de un espacio vital separado fuera de la influencia inmediata de la economía y la cultura tradicional, y suministra las bases sociales para el surgimiento del postmodernismo: «La organización tradicional de la vida burguesa —su racionalismo y su sobriedad— tienen hoy escasos defensores en la cultura, y adolece también de un sistema establecido de significados culturales o formas estilísticas que posean alguna respetabilidad intelectual o cultural» (Bell, 1976:53). La separación del mundo de la sociedad o de la estructura social y de la cultura obviamente resuena a la vieja división y conflicto entre la razón y el significado, los hechos y los valores o las facultades afectivas e intelectuales. Los distintos espacios culturales se amplían y son habitados no sólo por la elite cultural sino por innumerables actores. El surgimiento de la cultura popular de masas, con su nueva sensibilidad que subraya la espontaneidad, la sensación, la inmediatez y la novedad constante es una fuerza destructora y descohesionadora que erosiona la «propia estructura social al golpear el sistema de motivaciones y recompensas psíquicas que lo ha sustentado» (Bell, 1976:54). Los dos códigos culturales del sistema económico, la Ética Protestante y el Temperamento puritano, que también alimentaron ese sistema tradicional de valores culturales, quebraron hace tiempo, en las primeras décadas del siglo veinte, pero todavía perdura el profundo vacío moral que dejaron en la sociedad americana. Los ataques intelectuales contra el puritanismo se sustentaron y, en último extremo, tuvieron éxito gracias a los cambios sociales y demográficos en la sociedad americana, por ejemplo, el final del dominio de las pequeñas ciudades sobre la vida americana, el surgimiento de una sociedad de consumo de masas banal y las invenciones tecnológicas como el automóvil, el cinematógrafo y la radio, que comprimieron el tiempo, la distancia y la participación (la difuminación de la distancia y la pérdida de la temporalidad). En

suma, la base tradicional de la cohesión social que une al individuo con la sociedad cae derribada y, en lugar de una condición descrita como el fin de la ideología, la sociedad adolece de falta de solidaridad social y se vuelve aún más vulnerable a los conflictos y luchas sociales¹⁰. Al mismo tiempo, el análisis de Bell tiene ecos propios de los teóricos de la postmodernidad porque también él describe la sociedad moderna como una sociedad plural caracterizada por una multitud de valores que no pueden conciliarse fácilmente. De otro lado, su crítica del postmodernismo también resuena con la crítica de los intelectuales de los años cuarenta a la cultura de masas.

Como han subrayado repetidamente los críticos del postmodernismo, el defecto crucial de éste es su incapacidad para fundamentar la acción social y política. El postmodernismo no ofrece ningún principio moral que pueda guiar la acción social y sacar pleno partido del potencial ofrecido por la evolución de la estructura social hacia el post-industrialismo (cf. Brick, 1986: 207-208). El orden social moderno, concluye Bell, carece «ya de una cultura que es la expresión simbólica de cualquier vitalidad, ya del impulso moral que es su fuerza motivacional o vinculante. Entonces, ¿qué puede mantener unida a la sociedad?» (1976:84). En último análisis, la crítica de Bell al postmodernismo, como antes que él hicieron Max Weber, Edmund Husserl y más recientemente Jürgen Habermas, es un lamento por la pérdida de significado en un mundo cada vez más racionalizado.

Los límites de lo posible

Al final del análisis, y quizá paradójicamente, el debate sobre la postmodernidad como fin de una época, se transforma, casi sin transición, en uno de esos debates clásicos, muy polarizados y emotivamente cargados, sobre el racionalismo y el relativismo.

Desde mi punto de vista, el debate sobre el postmodernismo demuestra, una vez más, que es preciso encontrar un punto medio sensato entre los extremos de las dicotomías asimétricas de racionalismo y relativismo, universalismo y particularismo, epistemología y ciencias sociales, localismo y globalidad, contextualidad y

transcendentalismo que han obcecado muchas de las controversias en ciencias sociales desde el siglo diecinueve, y aún continúan haciéndolo, como ejemplifica este debate. Al mostrarse escéptico con respecto a la idea de postmodernidad, por ejemplo, uno no se encuentra necesariamente comprometido con la noción de que el proyecto de la modernidad continúe en marcha. Un camino razonable más allá de las dicotomías simplistas debería basarse en la realidad socio-histórica y no sólo en un vacío construido lógicamente. Ese camino reduce de inmediato las presuntas amenazas morales y políticas que se atribuyen al relativismo, a la contextualidad, a la regionalidad y al particularismo; al mismo tiempo, disminuye la posibilidad de eliminar la diversidad en favor de la universalidad y de una victoria definitiva del racionalismo. Los límites en cada caso, siendo límites construidos socialmente, no sólo evitan la actualización de cualquier extremo sino que también restringen eficazmente toda permuta y modificación indefinidas de las realidades sociales y cognitivas (cf. Meja and Stehr, 1992).

NOTAS

¹ En lo que es apenas una referencia de pasada en *The Evolution of Societies*, Talcott Parsons (1977:241) expresa su convicción de que la idea de postmodernidad es prematura en tanto que la tendencia del «próximo siglo será hacia el perfeccionamiento del tipo de sociedad que este libro ha denominado moderna». Tan sólo quince años después pocos teóricos sociales mantendrían la misma posición con similar convicción y falta de ambivalencia.

² Albert Borgmann (1992), en su ensayo *Crossing Postmodern Divide*, se encuentra entre los escasos observadores que asocian directamente una cultura postmoderna con una economía postmoderna. Borgmann argumenta que los desarrollos que conducen a una sociedad postmoderna *coherente*, que abarca todos los sectores de la sociedad, resultan del declive general, esto es, la desafinidad emergente con los sentimientos de realismo (dominación de la naturaleza), universalismo (primacía del método) e individualismo (soberanía del individuo) que caracterizan de la época *moderna*. En el caso de la economía, es posible detectar, como sugiere Borgmann (1992:5), un paradigma postmoderno más concreto y consecuente, a saber, un «paradigma caracterizado por el procesamiento de la información, la especialización flexible y la cooperación informada».

³ Tales afinidades electivas conducen a Gellner (1992:45), por ejemplo, a identificar el postmodernismo y su oscuridad y subjetivismo más extremos («las principales claves estilísticas de los «postmodernismos»»), como un espécimen contemporáneo de esa forma más antigua y establecida que es el relativismo; y, como tal instancia relativista, como siempre, deberá ser fuertemente repudia-

do. Carlo Mongardini (1992:56) describe bien la paradoja en cuestión, pero no muestra la misma irritación o resentimiento hacia los «defectos lógicos» de lo que él denomina la última ideología de la modernidad: «la inteligencia de la idea de postmodernidad descansa en la escenificación, como hecho ideológico, precisamente de aquello que pretende no querer ser, esto es, una representación uniforme y un control de la realidad con respecto a la segmentación de la modernidad, una forma de conciencia histórica con respecto a la *post-historia*, una búsqueda de una identidad colectiva única en el marco de la inconsistencia psicológica y social del individuo contemporáneo, una apariencia de cultura intelectual y espiritualidad frente al fetichismo de las cosas y de las imágenes».

⁴ De hecho, la perspectiva postmoderna va muy asociada a una negación de la capacidad del lenguaje, la mente o el espíritu para establecer criterios firmes de forma objetiva, esto es, consensual; en vista de ese distanciamiento de las normas más convencionales del discurso, paradójicamente quizá, las discusiones más constructivas de la postmodernidad comienzan con esfuerzos por afirmar y fundar firmemente una concepción particular de la postmodernidad.

⁵ Quizás existen buenas razones, en vista de la fragmentación cultural e intelectual del mundo, para caracterizar el postmodernismo conjuntamente con el post-industrialismo, el capitalismo tardío y la tesis del fin de la historia como «un fenómeno puramente cultural expresivo de la evolución de la sociedad capitalista occidental» (Friedman, 1990:311). Este argumento tiene el mérito de asociar, quizá reminiscente de una perspectiva crudamente materialista, el surgimiento del pensamiento postmoderno con una formación económica particular de la sociedad moderna.

⁶ Después de todo, la descripción de Alexis de Tocqueville de una *Democracia en América* pluralista, el perspectivismo de Friderich Nietzsche o las esferas-de-valores de Max Weber no son las únicas expresiones pioneras de la tesis de que la incompatibilidad de puntos de vista políticos o intelectuales es constitutiva de la sociedad moderna. Karl Mannheim ([1928] 1990:66), en su discusión sobre «La competencia como fenómeno cultural», sitúa un tipo de competición, a saber, la competición atomizada, en la edad de la ilustración y su surgimiento tras la quiebra del monopolio eclesiástico de la interpretación de la realidad. Para Mannheim, la competición atomizada se caracteriza por el hecho de que muchos grupos sociales aislados litigan por heredar la interpretación oficial del mundo. Una vez se alcanza la «etapa genuinamente moderna» de la competición atomizada ya no existe «(a) ningún conjunto de axiomas universalmente aceptado, (b) ninguna jerarquía de valores reconocida universalmente, y (c) nada más que ontologías y epistemologías radicalmente diferentes». De igual manera, y bajo una interpretación mucho más peyorativa, Piritim Sorokin (1957:700) ofrece su descripción de las últimas etapas de una cultura decadente y «sensata» que en buena medida resuena a la concepción contemporánea del postmodernismo.

⁷ No es sorprendente que la cuestión de encontrar una periodización adecuada de los períodos o etapas históricas sea, y vaya a seguir siendo, una cuestión esencialmente contestada, y no sólo en este caso sino en cualquier otra circunstancia en que se intente diferenciar etapas históricas o imponer límites cognitivos del tipo que sea (por ejemplo, la discusión sobre sociedades industriales y post-industriales). Y no es sorprendente porque las dicotomías y las tablas de

periodización empleadas en las luchas intelectuales son herramientas y perspectivas cognitivas que no pueden reducirse, excepto por la fuerza, a un común denominador.

⁸ Quizá, como sugiere Latour (1991:15), previa a estos rasgos epistemológicos de las propuestas cognitivas modernas se sitúa la «constitución política de la verdad», que establece y sanciona dos esferas distintas y completamente separadas de conocimiento: «una oculta para las cosas, la otra visible para los ciudadanos», a saber, la división de los fenómenos sociales y naturales.

⁹ La frase es análoga a la noción acuñada por William B. Gallie y William E. Connolly de «conceptos esencialmente discutidos» para el discurso político e histórico (cf. Gallie, 1964 y Connolly, 1983). Según la interpretación de Gallie (1964:158), los «conceptos esencialmente contestados» se refieren a disputas cognitivas que son perfectamente genuinas pero no resolubles por argumentaciones de ningún tipo, aunque «se sostienen, sin embargo, mediante argumentos y evidencias perfectamente respetables».

¹⁰ Así, concluye Turner (1989:206), mientras «Bell ha sido persistentemente criticado por presentar una visión consensual de la sociedad moderna como libre de conflictos ideológicos, de hecho, la interpretación contraria del análisis de Bell es igualmente plausible, a saber, la persistencia de conflictos sobre los Presupuestos del Estado, la ausencia de una legitimación cultural coherente de la política, el surgimiento del yo narcisista a la deriva, la degradación de la persona por efecto del impacto del consumismo y el surgimiento del irracionalismo postmoderno que impide cualquier análisis coherente de la sociedad, al tiempo que excluye también una integración coherente del individuo y la sociedad». Me parece que las interpretaciones de las tesis de Bell sobre el rol de la cultura y de la estructura social en la sociedad moderna dependen, en gran medida, de la disposición de sus críticos a suscribir a una perspectiva que o bien asume una identificación de cultura y estructura (por medio de la cual la poderosa fuerza de las transformaciones estructurales representa una tendencia hacia alguna forma de monismo cultural en la sociedad moderna) o bien está más dispuesta a admitir la posibilidad de la fragmentación cultural a pesar de la homogeneidad creciente de las actividades económicas en la sociedad moderna.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, Zygmunt (1991): *Modernity and Ambivalence*. Ithaca, Nueva York, Cornell University Press.
- BAUMAN, Zygmunt (1987): *Legislators and Interpreters. On Modernity, Post-modernity and Intellectuals*. Ithaca, NY, Cornell University Press.
- BELL, Daniel (1976): *The Cultural Contradictions of Capitalism*. Nueva York, Basic Books.
- BERGER, Johannes (1988): «Modernitätsbegriffe und Modernitätskritik in der Soziologie», *Soziale Welt* 39: 224-236.
- BORGMANN, Albert (1992): *Crossing the Postmodern Divide*. Chicago, Chicago University Press.
- BRICK, Howard (1986): *Daniel Bell and the Decline of Intellectual Radicalism. Social Theory and Political Reconciliation in the 1940s*. Madison, University of Wisconsin Press.
- CONNOLLY, William E. (1983): *The Terms of Political Discourse*. Princeton, NJ, Princeton University Press.

- FEATHERSTONE, Mike (1989): «Postmodernism, cultural change, and social practices», pp. 1-22 en Douglas Kellner (ed.), *Postmodernism*. Washington, D.C., Maison-neuve Press.
- FRIEDMAN, Jonathan (1990): «Being in the world: Globalization and localization», pp. 311-328 en Mike Featherstone (ed.), *Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity*. Número especial de la revista *Theory, Culture & Society*. Londres, Sage.
- GALLIE, William B. (1964): *Philosophy and Historical Understanding*. Londres, Chatto and Windus.
- GIDDENS, Anthony (1990): *The Consequences of Modernity*. Stanford, Stanford University Press.
- KEANE, John (1992): «The modern democratic revolution: Reflections on Lyotard's *The Postmodern Condition*», pp. 81-98 en Andrew Benjamin (ed.), *Judging Lyotard*. Londres, Routledge.
- LATOUR, Bruno (1991): «The impact of science studies on political philosophy», *Science, Technology and Human Values*, 16: 3-19.
- LYOTARD, Jean-François ([1979] 1984): *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*. Minnesota, University of Minnesota Press.
- MANNHEIM, Karl ([1928] 1990): «Competition as a cultural phenomenon», pp. 53-85 en Volker Meja y Nico Stehr, *Knowledge and Politics. The Sociology of Knowledge Dispute*. Londres, Nueva York, Routledge and Kegan Paul.
- MEJA, Volker y Nico STEHR (1992): «Social scientific and epistemological discourse. The problem of relativism», pp. 1-13 en Diederick Raven, Lieteke van Vucht Tijssen y Jan de Wolf (eds.), *Cognitive Relativism and Social Science*. New Brunswick, NJ, Transaction Books.
- MONGARDINI, Carlo (1992): «The ideology of postmodernity», *Theory, Culture and Society*, 9: 55-65.
- PARSONS, Talcott (1977): *The Evolution of Societies*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.
- SCHEMERT, Jorge Reina y Terry CURTIS (1995): *Tendencies and Tensions of the Information Age. The Production and Distribution of Information in the United States*. New Brunswick, NJ, Transaction Books.
- SIMMEL, George ([1907] 1978): *The Philosophy of Money*. Londres, Routledge and Kegan Paul.
- SOROKIN, Piritim (1957): *Social and Cultural Dynamics*. Nueva York, American Book Company.
- STEHR, Nico (1994): *Knowledge Societies*. London: Sage.
- TURNER, Bryan S. (ed.) (1990): *Theories of Modernity and Postmodernity*. Londres, Sage.
- WELSCH, Wolfgang (1987): *Unsere postmoderne Welt*. Weinheim, VCH Verlagsgesellschaft.

Sociología del Trabajo

NUEVA ÉPOCA

Dirección: Juan J. Castillo, Santiago Castillo, Carlos Prieto.

Consejo de Redacción: Vicente Albaladejo, Arnaldo Bagnasco, Juan J. Castillo, Santiago Castillo, Jordi Estivill, Michel Freyssenet, Enrique de la Garza, Oriol Homs, Faustino Miguélez, Ruth Milkman, Alfonso Ortí, Manuel Pérez-Yruela, Carlos Prieto, Helen Rainbird, Antonio J. Sánchez.

Número 30 (primavera de 1997)

Entre lo global y lo local

Juan Pablo Pérez Sáinz, *Entre lo global y lo local. Economías comunitarias en Centroamérica*

Juan A. Tomás Carpi, Miguel Torrejón y Juan Such, *Producción flexible, redes empresariales y sistemas territoriales de pequeña y mediana empresa. La industria textil valenciana*

Cristina Cruces Roldán y Emma Martín Díaz, *Intensificación agraria y transformaciones socioculturales en Andalucía Occidental. Análisis comparado de la costa noroeste de Cádiz y el condado litoral de Huelva*

Xavier Coller, *Reorganización productiva en los puestos de trabajo. Estrategias de acción y relación laboral*

Sandra Lerda y Rosalba Todaro, *¿Cuánto cuestan las mujeres? Un análisis de los costos laborales por sexo*

Ramón García Piñeiro, *¿El ocaso de un mito? Movilizaciones y radicalismo minero durante la transición (1977-1982)*

CONGRESOS

III Congreso de Historia Social de España, *Estado, protesta y movimientos sociales*

Redacción: Revista *Sociología del Trabajo*.

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología.

Campus de Somosaguas. 28223 Madrid.

Edición, administración y suscripciones: Siglo XXI de España Editores, S. A.

Calle Plaza, 5. 28043 Madrid.

Teléf. 759 48 09 - 759 49 18. Fax: 759 45 57

Suscripción anual:

España: 4.000 ptas. (número suelto: 1.400 ptas.).

Europa: 4.500 ptas. (número suelto: 1.750 ptas.).

Resto del mundo: 40\$